

La Habana, 5 de abril de 2022

Horror en Ucrania, horror en Cuba

La violencia es el modelo estructural de las autocracias de Rusia y Cuba. También de Venezuela y Nicaragua. Esto es ya evidente en y para todo el mundo democrático, y lo es también en la visión del Consejo para la Transición Democrática en Cuba (CTDC).

Los sucesos del 11 de julio en Cuba fueron el resultado de las condiciones de hastío en las que vive el pueblo cubano: miseria, emigración, violencia, incluida la de género, abuso sexual, nueva esclavitud, represión, y afectación del medio ambiente son parte de las consecuencias devastadoras del fracaso de un sistema construido sobre la violencia. La exclusión del diálogo y de la reflexión ha sido el paso natural para la guerra política y judicial que las autocracias de Rusia y Cuba extienden sistemáticamente contra la sociedad civil, la ciudadanía y otros pueblos.

Sin diálogo y reflexión se bloquea la capacidad para encontrar modos alternativos de resolver la situación de una forma pacífica. Esa fue la antesala del llamado al combate que el presidente no electo de Cuba hizo, violando la Constitución, y que desembocó, como respuesta, en los esporádicos actos de violencia que vimos en las jornadas de julio.

Este mismo modelo de violencia de Estado, en este caso contra otro Estado, es el que el mundo libre contempla asombrado con la invasión rusa de Ucrania. El mundo parecía haber olvidado que existe una violencia institucional, detrás de las máscaras legales y constitucionales, que se ejerce y se caracteriza por el uso del poder del Estado para causar, a su libre albedrío y conveniencia, todo el daño que sea necesario para reforzar sus mecanismos de dominación. Sus gobernantes, como sucede en países como Rusia, Venezuela, Nicaragua y Cuba, consideran que la violencia es un modelo válido para resolver los problemas. Lo van reproduciendo poco a poco, cada uno en su propia escala y ambición, hasta acabar justificando el exterminio de un pueblo como sucede en Ucrania.

El apoyo mutuo y continuando entre estos Estados no solo ha atacado el orden internacional, que se erige precisamente en el respeto a la soberanía de los Estados, sino que nos devuelve a la convalidación en el siglo XXI de los peores horrores ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial. Es una profunda ironía que estos gobiernos desconozcan la ruptura violenta de la soberanía de Estados independientes como Georgia, Moldavia y Ucrania, y la consiguiente masacre de sus poblaciones, mientras la invocan para confrontar la agenda global y pacífica de los derechos humanos que fundamenta la soberanía en los derechos fundamentales de sus ciudadanos.

Nosotros los cubanos sentimos como nuestro el dolor que está sufriendo el pueblo de Ucrania. Expresando su sentimiento más auténtico, el Consejo para la Transición Democrática envía un vigoroso mensaje de solidaridad ante el sitio de la ciudad de Mariupol y por los evidentes crímenes de guerra en la ciudad de Bucha.

No es de extrañar que el gobierno cubano apoye al imperialismo ruso, guarde las formas con la abstención en los organismos internacionales y no condene lo que constituye desde ya un principio de genocidio al pueblo ucraniano. Todo a pesar del claro posicionamiento de la

mayoría de la comunidad internacional y de lo que a este respecto dicen la Constitución y el Código Penal cubanos.

Afortunadamente el partido comunista de Cuba no es la voz del pueblo de Cuba.

Las y los cubanos conocemos también los horrores de la maquinaria de la violencia institucionalizada. Sus estragos en Cuba no tienen la magnitud, la crueldad y la brutalidad mostradas por un criminal de guerra como Putin. Sí la misma naturaleza. Los Putin del Caribe muestran la misma saña contra nuestros ciudadanos y ciudadanas. La criminalización de la protesta social, el encarcelamiento de cientos de cubanos y cubanas, los comportamientos racistas, machistas u homofóbicos, tolerados o sistematizados por las instituciones estatales en Cuba, causan otros horrores que están dañando profundamente a nuestra sociedad.

Los jóvenes rusos han sido reclutados para morir en una guerra sin sentido; los ucranianos caen por una causa noble, defendiendo su soberanía, independencia y en definitiva su libertad; los nuestros, como José Daniel Ferrer, Félix Navarro, Luis Manuel Otero Alcántara, José Díaz Silva, Maykel Castillo, Aymara Nieto Muñoz, Lizandra Góngora, Angélica y María Cristina Garrido, Sissi Abascal, Brusne Ibis Cabrera, y Marco Antonio Alfonso Breto, entre otros languidecen en las cárceles de Cuba con abusivas condenas por reclamar pacíficamente sus derechos.

Como el neo zarismo ruso, el partido comunista cubano ha terminado siendo la expresión más conservadora, despótica e inepta del planeta, en su perversa perseverancia de liquidar un proyecto de nación. Con un sistema impuesto por decreto, solo comparable al de Corea del Norte, que insiste en colonizar a su propio pueblo del mismo modo que Putin intenta colonizar naciones vecinas.

La solidaridad internacional nos debe llevar a acompañar y a defender con determinación el derecho a una vida digna y en paz. La comunidad internacional está obligada a una profunda redefinición de sus relaciones con las autocracias: pequeñas, medianas o imperiales.

Los pueblos de Ucrania y Cuba merecen recuperar su soberanía y poder vivir en democracia y libertad.

Marthadela Tamayo
Primera Vicepresidenta

Elena Larrinaga
Secretaria de Relaciones Exteriores

Manuel Cuesta Morúa
Vicepresidente

Sara Cuba Delgado
Secretaría de Género

Juan Antonio Madrazo
Secretaría Diversidad y DDHH